

23 de Marzo 2025 - III Domingo de Cuaresma (C)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Al contemplar la cruz y ver a nuestro Señor colgado allí, con clavos en las manos y los pies, una corona de espinas alrededor de su sagrada cabeza y las laceraciones de los látigos con los que fue azotado, no podemos evitar conmovernos. Cualquier persona normal se horrorizaría y entristecería profundamente ante esta visión. De hecho, ver a alguien tan terriblemente tratado y abusado debería causarnos una gran angustia.

Creo que todos estaremos de acuerdo en que ni siquiera los criminales más crueles y brutales merecen sufrir la tortura y el abuso que nuestro Bendito Señor soportó en la cruz.

Al contemplar la cruz y pensar en nuestro Señor colgado allí y en todos los sufrimientos que soportó, debemos preguntarnos una vez más: ¿Por qué? ¿Por qué fue todo esto necesario? Después de todo, Jesús era el Hijo de Dios y Rey de toda la creación.

Además, dado que es todopoderoso, sabemos que nadie podría haberlo obligado a soportar esta horrible tortura y muerte. No hay poder en el universo igual o mayor que Dios. Por lo tanto, debemos concluir que Jesucristo, el Hijo de Dios, soportó este terrible sufrimiento y muerte por voluntad propia. ¿Para qué?

Ahora, realmente tenemos un misterio... Así que, de nuevo, debemos preguntarnos con mayor urgencia: "¿Por qué? ¿Cuál fue la razón?"

La respuesta es simple y profunda a la vez. La respuesta es salvarnos de nuestros pecados. **«¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Unico, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. (Jn 3:16)»** .

No podemos dejar de maravillarnos ante un amor como este. No podemos dejar de asombrarnos. El Padre nos amó tanto que estuvo dispuesto a permitir que su Hijo sufriera y muriera por nosotros en la cruz. ¡Qué cosa tan increíble! ¡Qué regalo tan precioso! Es casi increíble. De hecho, a lo largo de los siglos, a muchos les ha resultado demasiado difícil de creer, y sin embargo, es cierto.

Para poner la muerte de Cristo en perspectiva, pregúntate esto por un momento: ¿Estarías dispuesto a sacrificar a tu propio hijo o hija? ¿Permitirías voluntariamente que fueran torturados, sufrieran y murieran a cambio de la vida de alguien a quien amabas?

Ahora, agréguele este giro: ¿Cuántos de ustedes estarían dispuestos a sacrificar a su hijo o hija por alguien a quien no solo no aman, sino que, de hecho, es su enemigo? Yo no lo haría. De hecho, respondería que no a ambas preguntas.

Ahora empezamos a comprender la importancia de la muerte de Cristo en la cruz. Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único... No solo por los santos, sino también por los pecadores. Dios Padre dio a su Hijo único por todos los que han vivido, buenos y malos por igual.

¿Te das cuenta ahora de lo valioso que eres a los ojos de Dios? ¿Te has parado a pensar alguna vez cuánto te ama Dios? Dios estuvo dispuesto a dar la vida de su amado Hijo para demostrarte su amor. Todos podríamos detenernos a pensarlo un momento.

Sin embargo, aún no hemos llegado al fondo del "¿Por qué?". Podemos decir que Jesús murió por amor a nosotros, podemos decir que murió para salvarnos de nuestros pecados, pero ¿por qué era necesaria su vida? ¿No había otra manera?

Para entender por qué, necesitamos revisar nuestra relación con Dios, nosotros, que somos creados para Dios, el Creador. Primero, debemos darnos cuenta de que Dios es santo, y esto nos cuesta especialmente comprenderlo porque no tenemos muchas cosas santas en nuestra sociedad. En consecuencia, no sabemos cómo comportarnos en presencia de personas o cosas santas, ni cuando estamos en lugares santos.

[Veo esto constantemente en los funerales, cuando vienen personas que de otra manera nunca van a la iglesia. Los hombres llevan sombrero. Otros traen café o refresco. Muchos solo llevan su ropa de trabajo. A nadie se le ocurre rezar por los difuntos. Eso se debe a que no saben cómo comportarse en un lugar sagrado.]

De todos modos, vemos evidencia de la santidad de Dios en nuestra primera lectura, cuando Moisés se encontró con Dios en la zarza ardiente. En ese momento, Dios le indicó a Moisés cómo comportarse. Le dijo: « **¡No te acerques! Quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es tierra sagrada** ». Cuando Dios llamó a Moisés, dice que « **Entonces Moisés se tapó la cara, porque tuvo miedo de mirar a Dios** ».

Ese es el tipo de respeto que debemos mantener en nuestras iglesias, porque estamos en un lugar santo. Estamos en la casa de Dios. Estamos ante nuestro Señor Jesucristo, presente en el Santísimo Sacramento del Altar.

Ahora, al comprender la absoluta santidad de Dios, y al ser conscientes de que somos criaturas creadas por Dios, podemos comenzar a comprender lo terrible que es el pecado y la gravedad de sus consecuencias. Verán, en esencia, el pecado es la rebelión de una criatura limitada y finita contra el Dios santísimo, y tiene graves consecuencias.

Cuando nuestros primeros padres, Adán y Eva, pecaron, perdieron para sí mismos y para nosotros la gracia que Dios les había dado: la gracia santificante. En consecuencia, se volvió imposible para cualquiera entrar al cielo y estar con Dios. Además, su pecado no fue el único. Todos hemos pecado también. Por lo tanto, hemos contribuido a su ofensa. Por nuestros propios pecados, también hemos rechazado la gracia de Dios, el don de su vida por nosotros.

Como mencioné, el pecado no es más que un acto de rebelión de una criatura insignificante contra un Dios santísimo e infinito. Entonces, ¿cómo podríamos expiar nuestros pecados? La respuesta es que no podemos. No hay nada que podamos dar a Dios que Él no nos haya dado, y esto explica por qué Dios envió a su Hijo para salvarnos.

Dios envió a su Hijo para hacerse hombre, para hacerse uno de nosotros, para poder ofrecer su vida por nosotros. San Agustín lo expresó así: «Dios se hizo hombre para morir y que nosotros viviéramos».

Como hombre, Jesús pudo ofrecer a su Padre celestial un sacrificio perfectísimo, el único sacrificio aceptable y apropiado por nuestros pecados, y ese sacrificio fue su vida. De hecho, nada menos podría expiar nuestros pecados cometidos contra un Dios infinito.

Por eso, entonces, nuestro Señor tuvo que morir por nosotros. Porque su vida era lo único en el universo lo suficientemente santo como para ofrecer al Padre en reparación por nuestros pecados.

Ahora podemos ver cuán grande es el amor del Padre por nosotros. El Dios infinito y santísimo nos creó para sí mismo. Quiere que vivamos con él para siempre en el cielo. Ese era su plan. Nuestros pecados lo trastocaron, pero aun así, Dios nos amó tanto, se preocupó tanto por nosotros, que voluntariamente envió a su Hijo a morir por nosotros para que fuéramos salvos.

Así que, con estos pensamientos en mente, al contemplar la cruz, debemos tomar una decisión. Podemos servir a Dios o rebelarnos contra Él. Podemos producir el fruto de las buenas obras o podemos producir fruto podrido. Para ambos casos habrá consecuencias.

En nuestro santo evangelio, Jesús habla del hombre cuyo árbol no dio fruto. El dueño le dijo a su jardinero: Córdalo. «**Mira, durante tres años seguidos he venido a buscar higos en esta higuera y no los he encontrado. Córdala. ¿Para qué ocupa la tierra inútilmente?** ».

Pero el jardinero dijo: «**‘Señor, déjala todavía este año; voy a aflojar la tierra alrededor y a echarle abono, para ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortaré’** ».

Ese árbol nos representa a cada uno de nosotros. El agua y el fertilizante son las enseñanzas de Cristo. Él intercede por nosotros. El jardinero es Cristo y el dueño es el Padre. Cristo intercede por nosotros ante su Padre celestial.

Al escuchar estas palabras, y al contemplar la cruz y reflexionar sobre los sufrimientos que Jesús soportó por nosotros, y al pensar en cuánto nos ama Dios, preguntémosnos: "¿Hemos dado fruto? ¿Hemos seguido los mandamientos de Cristo de amar a Dios y al prójimo?".

Al recordar también el papel que desempeñamos en la muerte de Cristo en la cruz, tomemos la decisión de enmendar nuestras vidas, confesar nuestros pecados y no volver a pecar, sino de dar fruto para vivir con Dios en el cielo para siempre. Amén.